

Raúl Román Romero, *Celebraciones Centenarias. La construcción de una memoria nacional*. Cartagena, Instituto Internacional de Estudios del Caribe, Universidad de Cartagena, Alcaldía Mayor de Cartagena de Indias, Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena, 2011, 274 páginas.

El libro del profesor Raúl Román constituye una manera alternativa de estudiar el largo, difícil e inacabado proceso de formación del Estado-nacional en Colombia. En él se discute sobre las disputas regionales y locales por construir una memoria histórica de la independencia que se proyectara como mito fundacional de la república y cómo se fueron "disciplinando las memorias sociales" que terminaron con la imposición de las fechas andinas (20 de julio de 1810 y 7 de agosto de 1819) como celebraciones nacionales invisibilizando las celebraciones locales (11 de noviembre de 1811, entre otras) que reclamaban un lugar en la memoria histórica de la independencia del país.

Al hacerse atenta lectura del libro vemos una definición implícita de conceptos como memoria, contramemoria y disciplinamiento social de la memoria cuyo entendimiento es clave para entender a cabalidad los aspectos centrales del texto. Memoria es vista en su definición práctica como aquellos proyectos políticos oficiales que buscan imponer una hegemonía sobre regiones geográficas y sectores raciales para legitimar su supremacía política. Contramemoria se entiende como todos aquellos proyectos políticos alternos que son invisibilizados por la oficialidad y que reclaman un lugar vital en la formación de la memoria histórica del país y en el proceso de conformación de la unidad nacional. Estos proyectos alternos a su vez, desconocen las imposiciones de otros sectores dirigentes. El concepto de disciplinamiento social de la memoria es entendido en el texto como aquel proceso sistemático nacional o local de imponer un proyecto político a todos los sectores sociales por distintos medios pedagógicos, entre ellos el sistema educativo, la prensa, las narraciones visual-simbólicas de los monumentos y edificaciones, festejos divinos, etc. Todo ello acompañado de discursos reivindicatorios de selectos sucesos históricos.

Este texto que llama la atención principalmente en estudiar el papel de los sectores populares en la formación del Estado-nación también considera necesario "reconsiderar los procesos que se han llevado a cabo en la construcción de una memoria histórica colombiano y cómo las inconsistencias de ese proceso, y la incapacidad de incluir la diversidad de las memorias locales y regionales en el conjunto de la representación nacional, han contribuido a la fragmentación de esta memoria y a la debilidad de la unidad nacional" (pág. 14-15)

Metodológicamente el libro se encuentra dividido en tres partes compuestas a su vez en siete capítulos. En la primera de ellas, compuesta por tres capítulos, se muestra la imposibilidad de los dirigentes del país por fortalecer el Estado y consolidar la unidad nacional, lo que se ve reflejado en las guerras civiles del siglo XIX, en especial la de los Mil Días (1899 - 1902), la separación de Panamá y otros intentos separatistas de la costa Caribe tanto en el siglo XIX como a principios del siglo XX.

La crisis de legitimidad bipartidista vivida en el siglo XIX, la débil soberanía del Estado y la frágil unidad nacional demostrada con las inconformidades locales y regionales frente al poder central, las voces separatistas entre 1904 y 1912 y los enfrentamientos retóricos y simbólicos que protagonizaron los partidos políticos para culparse de las desgracias del país lo que llevo a la aparición de nuevas voces en el escenario político de principios del siglo XX como lo fueron la Unión Republicana y movimientos obreros locales con pretensiones políticas nacionales, hizo que se mirara la celebración del primer centenario de la independencia como fecha clave de redención política de las clases dirigentes.

Fue así que se inició la empresa de construcción simbólica de identidades políticas nacionales donde cada partido construyó sus propios proyectos políticos de Estado-nación excluyéndose mutuamente y que tenían como finalidad liberarse de responsabilidades de las desgracias de la república. Esta nueva empresa vendría acompañada de un nuevo discurso retorico que recurre a un uso político y partidista de la historia con dos propósitos esenciales: liberarse de los fracasos de la conformación del Estado-nacional y justificar sus acciones en la historia del país legitimando sus planes futuros: crisis del discurso histórico que sustentaba las practicas bipartidistas y la supuesta unidad del pasado.

En la segunda parte, compuesta de dos capítulos, el autor analiza la invención del 20 de julio como fecha de la independencia nacional, mira cómo no fue en el siglo XIX sino hasta 1910 cuando se construyó e impuso sistemáticamente una memoria nacional colectiva y se analiza también cómo gracias a las dificultades por imponer el 20 de julio como fecha nacional se propuso la del 7 de agosto como día de la independencia definitiva.

Según el autor, con el gobierno de Reyes, se intentaron implantar las fechas andinas como las fundadoras de la república debido a la crisis de la hegemónica por la que pasaban los partidos políticos y la fragilidad de la unidad nacional durante todo el siglo XIX. En este sentido se vio la celebración del centenario como la fecha clave para diseñar un proyecto político a través del cual legitimar el poder político. En esta parte se describe que mediante un "disciplinamiento de la memoria social" ejecutado por un uso de la historia y una representación simbólica de la misma, se logró imponer el 20 de julio de 1810 y el 7 de Agosto de 1819 como fechas fundacionales de la república en el país y se lograron silenciar las voces periféricas que desde las distintas localidades reivindicaban su papel preponderante en la memoria histórica de Colombia. Este disciplinamiento se llevó a cabo mediante la institucionalización oficial de una comisión nacional que a través de distintas acciones como festejos religiosos, obras de teatro en las escuelas, exposiciones, desfiles, juramentos a la bandera, conferencias, creación de monumentos alusivos a la independencia, buscaron la descentralización de la conmemoración de Bogotá, destinando para ello una gran cantidad de recursos económicos.

Este proyecto político pedagógico y excluyente en términos geográficos y raciales, dio lugar a que surgieran las contramemorias, pues dichos discursos y celebraciones entraron en conflicto con otras voces periféricas del país. Es así como los relatos de

Ciénaga en el Magdalena, los del 11 de noviembre en Cartagena, en el Socorro en Santander, entre otras, fueron invisibilizados en las festividades del 20 de julio de 1910, sin embargo, aunque el 11 de noviembre no logró constituirse como celebración nacional si pudo insertarse como fragmento de la reconstrucción simbólica en la formación de la memoria nacional.

En la tercera y última parte, compuesta por los dos últimos capítulos y es donde encontramos sus argumentos centrales, se indagan las razones por las que fracasó el 11 de noviembre como fecha nacional de independencia del país pues sus acontecimientos no fueron lo suficientemente fuertes tal como lo consiguieron ser los hechos del 20 de julio. Este fracaso se debió, según el autor, a circunstancias como la imposición de las fechas andinas sobre las demás regiones del país; la poca resistencia de las elites cartageneras; la reinvención permanente del 11 de noviembre y las disputas entre los distintos sectores sociales de la ciudad para construir una memoria política común que reivindicara sus acciones como individuos pertenecientes a su clase y raza en la independencia de la ciudad.

En esta parte, el autor gira sus argumentos en torno a una pregunta general, ¿por qué fracasó el 11 de noviembre? Se argumenta que el 11 de noviembre fracasó en su intento por ser fecha fundamental en la memoria histórica del país por el hecho de que en primer lugar, el día de la conmemoración centenaria el 20 de julio de 1910, el gobernador conservador de la época en el Departamento de Bolívar José María de la Vega, obedeciendo las directrices de la comisión nacional del centenario, pronunció un discurso en el que reconocía la primacía de dicho día en la memoria histórica del país. El, al igual que su hijo y muchos otros líderes políticos de la ciudad tenían nexos con el gobierno central, lo que evidenció los intereses de este sector político e imposibilitó la cohesión de diversos sectores de la sociedad cartagenera en torno a intereses regionales y le hicieron frente a las políticas centralizadoras del gobierno que poco favorecía a la costa.

En segundo lugar, dice el autor, que el 11 de noviembre se redefinió en múltiples fechas que terminaban muchas veces incluyendo nuevos actores y gestores así como excluyendo a los ya existentes. Fechas como el 22 de mayo, el 14 de junio ambos de 1810, el 11 de noviembre de 1811, el 5 de diciembre de 1815, el 14 de febrero de 1816 y el 10 de octubre de 1821 fueron años que significaron sucesos importantes en la independencia definitiva de Cartagena, para sectores sociales diferentes y por ende para la memoria histórica de la ciudad pero que en los sucesivos intentos por imponerlos terminaron por mostrar un viejo conflicto de razas. Algunas de estas fechas conmemorativas despojaron a los artesanos negros y mulatos de la condición de artífices de la república reivindicado las acciones de las elites criollas de la ciudad, lo que demostró que la condición racial jugó un papel fundamental en la formación de la memoria política de la ciudad. En este sentido podemos decir que las elites dirigentes de la ciudad se apropiaron del modelo excluyente de las elites andinas para diseñar una memoria histórica que negara lo negro.

En tercer lugar, la resistencia artesana a la invisibilización los llevó a crear una organización que tenía como objetivo principal visibilizar y mostrar públicamente, a través de la prensa *voz del pueblo*, el papel fundamental de los sectores populares en el

proceso de independencia de la ciudad y del país entero. Ello lo hacían con el fin secundario de participar en el poder público y así desde las esferas de poder, erigir monumentos alusivos a sus representantes, crear escuelas en los barrios y demás municipios que educaran individuos con criterios ciudadanos propios y con conciencia política capaces de defender sus intereses de raza, todo ello con el objeto de hacerse sentir y no ser condenados a la desaparición histórica. De esta manera visualizándose retrospectivamente y reconociéndose como actores políticos históricos cuyo papel durante la independencia fue decisivo, alcanzaron a elaborar un discurso que atenúo la historia propuesta desde la clase dirigente de la ciudad.

Es así como el 11 de noviembre de 1811 estuvo cargado de ambigüedades, redefiniciones, limitantes y obstáculos que no le permitieron tener la suficiente fuerza simbólica para cohesionar hegemonícamente a los distintos sectores políticos y sociales de la ciudad, lo que poco a poco a través del sistema educativo y de las narrativas visuales hizo que se fueran imponiendo las celebraciones andinas como memoria histórica del país.

Adolfo Pérez  
Historiador,  
Universidad de Cartagena